

**JUAN GARCÍA LARRONDO**

**THEATRVM  
FUGIT**



1ª edición, 2017

Diseño de la cubierta: José Díaz Cardero

**Editorial DALYA**

Jilguero 14

11100 San Fernando

*www.edalya.com*

© de las obras: Juan García Larrondo

© de los prólogos: Rafael Esteban Poulet, Mercedes Escolano

© de la edición: Editorial Dalya

© de las ilustraciones de cubierta: José Díaz Cardero

© de la ilustración de última página: Adam Licsko

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del editor.

ISBN: 978-84-946950-1-8

Impreso en España.

**EL ÚLTIMO DIOS**

**ZENOBIA**

**AL MUTAMID**

**THEATRVM FUGIT**

## UN MAR DE EMOCIONES

*...Tempus fugit, sicut nubes, quasi fluctus, velut umbra...*  
(“Libro de Job”)

Al sumergirse en la obra teatral de Juan García Larrondo lo primero que llama poderosamente la atención es su diversidad y su riqueza literaria. Nos encontramos ante a un escritor capaz de regalarnos comedias “imposibles”, irreverentes y divertidísimas; y capaz, al mismo tiempo, de ofrecernos dramas líricos que parecen ubicarse sin esfuerzo en todas las geografías y las eras, como sucede con las piezas que en este volumen se recogen. Larrondo, además de moverse con soltura en los extremos de la tragi-comedia, se toma también la libertad de ser un audaz poeta y de construir, con acierto, un teatro heterogéneo en el que se entrelazan algunas de las mejores cualidades de nuestra tradición teatral con la pulsión de uno de los dramaturgos más originales de su tiempo.

Ni su mezcla de géneros (algunas de sus obras suelen amalgamar elementos de ciencia ficción con el relato fantástico, el cómic y, a menudo, precisar soluciones cinematográficas), ni tampoco la complejidad o la “incomodidad” temática que plantea en varios de sus diálogos, han impedido que la mayor parte de su producción dramática haya sido ampliamente estrenada o editada. El propio autor sostiene “escribir para el despilfarro y la imaginación sin fin” en las notas de *La cara okulta de Selene Sherry* (1993/94), quizás

una de sus obras más personales y delirantes, o no duda en crear un “Teatro en blanco y negro” para dar cabida en él a los amoríos del pirata Juan Sin Miedo con el lobo Sinvivir en su onírica farsa para licántropos *Noche de San Juan* (1997). Larrondo extralimita con frecuencia las fronteras del teatro convencional para convertirlo –como Shakespeare sostenía en la voz de *Hamlet*– en espejo de la naturaleza (de toda la naturaleza, incluso la deformada en esperpento) y recordar, de paso, su importancia literaria.

Por fortuna, estamos ante un escritor que trasciende, que se resiste a definirse o a someterse a las pautas que marca el escenario: un rebelde de la escena que escribe para la escena pero sin que sus palabras sirvan únicamente a semejante fin. En cualquier caso, él parece sentirse cómodo al margen de tendencias y clasificaciones. Su obra es, en muchos sentidos, subversiva, radical en tanto que es capaz de hablarnos al unísono y con naturalidad de cosas bellas o terribles, de sentimientos, contradicciones y misterios que a todos nos alcanzan. Y uno de sus principales logros radica justamente en la facilidad con que nos atrapan sus historias.

A estas alturas, nadie duda ya de que nos encontramos ante un autor notable, más conocido hasta ahora por algunas de sus comedias, como la premiada *Mariquita aparece ahogada en una cesta* o de su drama *Celeste Flora*, que por algunos de los textos que en este libro se rescatan, aunque dos de éstos hayan sido llevados a la escena con brillantes interpretaciones, como sucedió, por ejemplo, con los actores Emilio Gutiérrez Caba o Paca Gabaldón tras el estreno en Sevilla de *El Último Dios* o con los miles de espectadores que en el verano de 1998 asistieron a las representaciones de *Al Mutamid* en los Reales Alcázares de la capital andaluza.

# EL ÚLTIMO DIOS

## PRETEXTO

*A veces hay lecturas que pueden marcar un antes y un después en la forma de entender una vida. Páginas, frases y palabras que se te adhieren al corazón y regresan a lo más profundo de tu memoria como si hubiesen encontrado el sitio exacto al que siempre pertenecieron o volvieron al lugar del que no se deberían jamás haber marchado. Imágenes y verbos que, aun siendo fruto de la imaginación y el talento de otros, redundan en nuestra voz interior con un acento familiar, casi propio, y te conectan con el acervo emocional e intelectual de un mundo que, de repente, reconoces y en el que, al fin, hallas asilo y alimento. En ocasiones, hay lecturas que son como espejos en donde lees y ves por primera vez el libro de tu alma: ese retrato de ti mismo que desde siempre hubieses deseado esbozar y describir. Hay lecturas que, para un escritor, suponen al mismo tiempo el alfa y el omega de su parábola creadora, su manantial y a la par su maldición: la causa, el porqué e, incluso, puede que su propia conclusión. Tuve la fortuna de comprobar y de sentir algo similar a este milagro del que escribo tras leer, con apenas veinte años, una de las mayores cimas literarias de este tiempo. Me refiero, naturalmente, a “Memorias de Adriano” de Marguerite Yourcenar.*

*Reconozco que he perdido la cuenta de las veces que he leído ya ese libro, a mi juicio, maravilloso e insuperable. Ni soy ni seré el último en ser atrapado por la magnífica novela de Yourcenar ni es mi pretensión hacer aquí una loa sobre su altísimo valor literario, sobradamente reconocido por todos. Solo sé que cuando me perdí entre sus páginas por primera vez, ya, de alguna manera,*

sospechaba que lo hacía precisamente para encontrarme o, al menos, para hospedarme entre las evocaciones y las fantasías de un pasado que se me antojaba mucho más cercano al presente que por aquel entonces respiraba. De hecho, parte de mi adolescencia se quedó para siempre en ese espacio indeterminado donde, de vez en cuando, retorno de forma inevitable y, al mismo tiempo, otra parte de mí envejeció de manera prematura al tratar de huir de unas sombras que, en el fondo, me aterraban por ser tan semejantes a mí como contrarias. Necesitaba madurar a toda prisa y en todos los aspectos si quería lograr alguna vez escribir un libro “a la manera” del que había escrito “Marguerite”. Confieso que llegué a enamorarme de su autora (y de su obra) casi más que del protagonista de la novela: ese Adriano al que tanto he buscado o soñado después en museos de medio mundo, en interminables bibliografías, en otros rostros, en otros brazos o extendiendo a la oscuridad mis manos en el aire. Ya desde hacía tiempo, gracias a los manuales de Arte y de Historia, poseía una vaga idea de quién era aquel barbudo emperador cuyos bustos, delirios arquitectónicos y amoríos tanto me fascinaban. A esas alturas, mis preferencias personales e intelectuales empezaban a aclararse y llevaba practicando algunos años ya el oficio de escritor advenedizo. Pero el “Adriano” de Marguerite me desbordó, me desnudó, incluso creo que me dejó algo obsesionado de por vida. La redacción en primera persona de sus supuestas “memorias” me abrió las puertas de la Literatura en mayúsculas y, sobre todo, le dio alas a mi imaginación justo en el momento en que aprendía a alzar el vuelo. Iluminado e impaciente, quise entonces aunar en una sola todas mis querencias: mi pasión por escribir, mi pasión por el teatro, mi pasión por las civilizaciones antiguas y la pasión propia e inconsciente de un muchacho de mi edad, enamorado de causas imposibles y al que el amor ya le había sumergido el corazón en un río imaginario nada similar al Dios del Nilo...

*Un grupo de sirvientes deambula en el interior de una estancia profusamente decorada con recuerdos, esculturas del emperador o de otros miembros afines a la familia imperial y baúles todavía a medio abrir. Algunos encienden antorchas, otros preparan el agua de las termas, otros sirven alimentos y otros conversan, distendidos. Hay también músicos que cantan y hacen sonar sus instrumentos.*

*ADRIANO, envejecido y con salud algo delicada, entra mirándoles con un mal disimulado fastidio. Todos callan un momento, luego le aclaman, sinceros.*

## **TODOS**

*¡Salve, Adriano, príncipe de la paz! (Salen).*

*Adriano, a solas, sonrío melancólico, mientras revisa simbólicamente algunos de sus objetos familiares o acumulados tras los viajes. Entre ellos, se detiene especialmente en algún busto de Antinoo. FLEGÓN, secretario personal del emperador, le acompaña y le ayuda a instalarse.*

## **ADRIANO**

Adriano, príncipe de la paz... ¿Y qué más? ¿Quién de todos estos rostros he sido en verdad? Quizás un espíritu multiforme o un hombre que podría definirse, precisamente, por lo que no ha llegado a ser. Después de recorrer demasiadas leguas y geografías tan distantes... Tras haber tocado pieles, tierras y tan remotos cielos... Ahora mismo no sabría

reconocerme en ninguno de los títulos honoríficos recibidos ni en los adjetivos con que se empeñan en definirme los biógrafos. Al fin, a punto ya de alcanzar la distancia más larga, a este príncipe cansado la vida le pesa demasiado y las piernas apenas le sostienen ya... (*FLEGÓN escribe las palabras de ADRIANO*).

*Animula, vagula, blandula,  
Hospes comesque corporis,  
Quae nunc abibis in loca  
Pallidulla, rigida, nudula,  
Nec, ut solis, dabis iocos...*

Esta mañana Hermógenes ha vuelto a visitarme. Su prudencia como amigo es paralela a su sabiduría como médico y, quizás, por eso, insiste en hacerme olvidar la idea de la muerte. No necesito que me engañen. La Parca está sentada ahí afuera, aguardando al último de los banquetes y a su hora será debidamente agasajada. Tengo más de sesenta años. Siento cómo las arterias y los músculos de mi cuerpo se confabulan en mi contra para desobedecerme y hacerme pagar los excesos cometidos. El dolor y la hidropesía pronto acabarán conmigo, claro que lo sé, pero ya no tengo prisa por morir. Ahora agradezco que los días parezcan todos iguales, tediosos, interminables, porque cada minuto, cada suspiro que la vida me regala es mejor que la mayor de las victorias. (*Parece asustarse por algún sonido de las afueras*) A veces, los recuerdos se deslizan por mi mente, ordenados y tranquilos pero, en otras ocasiones... (*Evocador, casi feliz*)... De repente, el galope de mi caballo Borístenes me trae a la memoria las cacerías que, de niño, gustaba practicar en las colinas de Itálica o en los bosques de Germania. Las playas de Gades y la voz de mi madre susurrándome canciones de

sirenas... Y todas las estrellas que seguí en la noche, en los desiertos, en la Atenas dorada o los mares oscuros del Norte, se reflejan claramente en las pupilas del último compañero de mis viajes... ¡Qué difícil distinguir una luz de otra! Siempre he sido un corazón en movimiento: Hispania, Roma, Grecia, Egipto... Al fin, la enfermedad me ha esclavizado en un punto sin retorno: justo a mitad de camino a ninguna parte y al final del Todo. He alcanzado mi Ponto Euxino. Y, sin embargo, todo comenzó apenas ayer... Hermógenes dice que el clima de Baia me favorece, pero a mí me asfixia estar lejos de mi villa de Tibur, de mi isla, de mis arquitecturas imposibles... Al menos, aquí no llegan los gritos de Roma. Esos gritos que me reprochan mis errores como monarca y me acusan de haber perdido el juicio. Puede ser. Tienen parte de razón. Pero, ¿a quién le importa eso ya? Aunque muchos no lo entiendan, creo que he servido bien al Imperio. Por fin hay paz, es verdad. La historia deberá juzgarme, y tampoco eso es importante. Lo que quiero que el mundo sepa, lo sabrá a través de las memorias oficiales que transcribe mi fiel secretario Flegón. La biografía del hombre imperfecto que siempre he sido morirá conmigo.

Y es justo que así sea. Ser el príncipe más poderoso del mundo no me ha hecho diferente ni mejor que cualquier otro ciudadano. Al contrario: La mía es la historia de un hombre más que no supo ni quiso huir de las quimeras y que, como cualquiera, penó también por sus miserias. El triste cántico de un hombre tremendamente amado que, curiosamente, aprendió las reglas del amor cuando el juego terminaba...

*(ANTINOO, o su presencia, atraviesa lentamente la escena como un fantasma).*

He intentado siempre no detenerme en ninguno de los extremos de la vida, abrirme hacia lo inesperado o lo desconocido. Pero el viaje del corazón me ha iniciado en los más indescriptibles misterios. Si el que ama conserva consigo la razón, nunca sirve del todo a su dios. Ahora lo sé. Durante años he sufrido por no pronunciar su nombre o gritarlo demasiado... Antinoo... Todo esfuerzo ha sido en vano. Cuando el ser que codiciamos nos es arrebatado, nos sumimos en la más dolorosa oscuridad, y la única luz que alcanzamos a ver es la suya. Antinoo...

Me lo han reprochado tanto, me han acusado de tantas cosas...

¿Por qué se van los que nos aman? Todo le fue hostil: Roma, la propia Sabina, Alejandría y la locura que allí nos envolvió. Yo mismo, por todo: por mi ceguera y por mi incapacidad. Y en última instancia, también él, por su excesivo amor hacia mí. Un amor que jamás fui capaz de gobernar.

No puedo atenuar mi penitencia. Ya no encuentro suficientes culpables a los que culpar de nada. ¿Para qué? Él se marchó definitivamente al silencio. A ese silencio donde a veces caía, para retornar luego, tras la pausa, más vivo y sumiso a mis pies. ¿Para qué? Si ya nunca he vuelto a sentir su calor.

Aquel niño que a menudo se me antojó humano y, finalmente, divino. Aquel dulce adolescente cuyo perfil me acompaña aún en las monedas del peculio y en los bustos más fieles. Aquel hombre hermoso que adoran en todos los confines del Imperio como a un dios benéfico, no se alejó de mi vida para siempre. Su presencia me arropa cada noche en la soledad de mi lecho. Desde en los detalles más cotidianos hasta en el horizonte del firmamento, donde brilla una

nueva estrella a la que bauticé con su nombre. ¡Qué lejos está Egipto, y Antinoo, la ciudad que levanté para él entre las dunas del desierto!...

*(Música. Aparecen nuevos elementos en la escena y algunos personajes extraños. Todo cambia. ANTINOO, que ahora lleva en sus manos un pequeño saco con un animal vivo, se dirige hacia una hoguera, como si fuese a iniciar un insólito ritual. ADRIANO ha recuperado de entre sus enseres, una moneda de oro y un brazalete que acaricia y mira, evocador...)*

En realidad, aquel viaje a Alejandría fue el término del viajero, el fin de todos mis sueños y el principio de mi época más desesperada. Pero, hasta entonces, la vida era para mí una aventura fascinante. Yo mismo me sentía como un dios. Si cabe, más que un dios...

*(La HECHICERA entra envuelta en un halo de misterio y se sitúa frente al fuego. Cánticos fúnebres. FLEGÓN desaparece y el emperador se adentra en sus propias remembranzas.)*

Alejandría aún no se había transformado en la ciudad que tanto habría de odiar después. Egipto era una región llena de magia y placeres siempre nuevos. A mi compañero y a mí nos atraía todo ese mundo de supersticiones y misterios. Recuerdo ahora esa excursión a Canope como si aún estuviésemos allí... Como si el hálito de la hechicera aún me convulsionara los sentidos. La emperatriz, recién llegada de Roma, aborrecía aquellos ritos que a Antinoo y a mí tanto nos fascinaban. Comenzaba el otoño en Egipto y, con él, las celebraciones del aniversario de la muerte de Osiris. Jamás lo olvidaré. Todavía él estaba junto a mí, todavía formaba parte de mi vida y de mi anatomía como el impulso que hace mover al pájaro ambas alas al unísono para alzarse y acariciar la bóveda del cielo. Respirábamos el mismo aire.

Sobrevolábamos las cumbres del amor sin saber que avanzábamos directamente hacía sus infiernos... Vivíamos el segundo año de la 226 Olimpiada y la flota imperial se mecía atracada sobre el Nilo...

*Mi corazón mi madre  
Mi corazón que me entrega el ser.  
¡Oh, tú, eternidad y perduración!  
¡Honor a ti, Osiris Un-Nefer!  
Déjame entrar en el mundo subterráneo  
sin que rechaces mi alma,  
¡Honor a ti, Osiris Un-Nefer!  
Vengo del Estanque de Fuego,  
como desea mi corazón.  
¡Honor a ti, Osiris Un-Nefer!  
Déjame salir del mundo subterráneo  
y ver el rostro del sol.  
¡Honor a ti, Osiris Un-Nefer!  
Déjame salir del mundo subterráneo  
y ver la luna por y para siempre  
¡Honor a ti, Osiris Un-Nefer!  
¡Esté conmigo mi corazón  
en la casa de los corazones!*

### **HECHICERA DE CÁNOPE**

(*En trance*). Mi corazón, mi madre... Mi corazón, mi madre... ¡Oh, tú, eternidad y perduración! (*Arroja flores al fuego, mientras ADRIANO, que se mostrará más enérgico que en la escena inicial, y ANTINOO participan del ritual*). Ojalá que hable mi boca, o no podré llegar a la ribera oriental del Lago de las flores, ni tendré una barca que me baje por el Nilo. ¡Ojalá que hable mi boca! Ábrete cielo, para que Seb me separe las mandíbulas, despegue mis ojos cegados y con mi cora-

zón entienda. *(Se incorpora, danzando y riendo, bromea con el emperador y el joven, uniéndoles las manos y participándoles de la iniciación)*. Mi corazón, mi madre, ¡mi corazón, mi madre! Mi corazón de las transformaciones...

*(La HECHICERA recita una oración indescifrable. Mientras lo hace, le pide a ANTINOO la ofrenda para el sacrificio. El muchacho le ofrece su halcón, envuelto en un pequeño saco. La vieja, maternal, lo sumerge en un estanque hasta ahogarlo. ANTINOO sufre, pero se contiene ante la mirada condescendiente del emperador. La HECHICERA usa el agua para ungir los miembros del joven griego).*

### **HECHICERA**

*(En cuclillas frente al emperador, infantil)*. Nu dice: “Retírate, huye de las ciénagas y no pronunciaré tu nombre al gran Dios” *(Acaricia el rostro de ANTINOO que está muy asustado. ADRIANO la detiene)*.

### **ADRIANO**

¿Y qué más dicen tus mágicas palabras, hechicera?

### **HECHICERA**

*(Soberbia, casi ofendida)*. Dominas la tierra, pero no el cielo, donde mi lengua tiene poder. “Mis dientes son como cuchillos y mis muelas se asemejan al Nomo de Tutef”.

### **ADRIANO**

*(Sonríe)*. Tú ya no tienes dientes, anciana.

### **HECHICERA**

*(Ríe, enseñando sus encías)*. ¡Yo he sido hermosa, emperador! Pero jamás vi una belleza comparable a la de tu amigo... *(Lo mira con ternura)*. El victorioso Osiris, alma de Ra, lo ha visto desde el cielo también. Y le codicia para sí. *(Acercándose nuevamente a ANTINOO)*. ¿Cuál es tu nombre?

**ANTINOO**

Antinoo. (*La HECHICERA vuelve a reír*).

**HECHICERA**

Lloras mucho, ¿verdad? Tienes las pupilas rojas como el limo. (*A ADRIANO, furiosa*). ¡No se las cierres y márchate del reino de los cocodrilos!

**ADRIANO**

No asustes al muchacho y habla claro de una vez.

**HECHICERA**

El soberano Osiris dice: “...Entro como el Halcón y salgo como el ave bennu, lucero matutino de Ra. De esta forma, trazo una senda por la que ha de entrar el hermoso al Lago de Horus y tener un sendero en el Nilo para adorar a Osiris, señor de Vida”...

**ANTINOO**

(*Con temor*). ¿Entonces?... ¿No basta el sacrificio del halcón? ¿Qué más puedo hacer? ¡Habla, mujer!

**ADRIANO**

(*Cansado*). Bueno, ya es suficiente...

**HECHICERA**

Deberías adorar a Osiris, emperador... Adórale antes de marcharte.

**ADRIANO**

(*Incorporándose, sin ganas de discutir*). Claro que lo haré... (*Le da una pequeña bolsa con monedas*).

**HECHICERA**

Buscas la luz, pero vives en la oscuridad.

**ADRIANO**

No existe la luz eterna.

## RESEÑAS A LA PRIMERA EDICIÓN

*Una obra, a mi juicio, de gran decoro literario, escrita con sensibilidad y nada desdeñable, con independencia de su tema y de sus fuentes, en el panorama de nuestra actual literatura dramática. Juan García Larrondo, el admirador de Marguerite Yourcenar, a los veintitrés años, anda ahora en su juventud personal y literaria, sumergido en la pasión de vivir que trasluce su texto prologal y, mucho más aún, su texto. Una mirada, merecedora de respeto, sobre la antigüedad, desde quien se declara, en cada palabra, ganado por la pasión.*

**JOSÉ MONLEÓN**

Director del Festival Internacional  
Teatro Romano de Mérida. 1989.

Prólogo a la Primera Edición.

\*

*La extraordinaria identificación entre el autor y la recientemente desaparecida novelista francesa -confesada por éste en el prólogo- queda indudablemente puesta de manifiesto y no choca, en consecuencia, que incluso aspectos formales utilizados en la narratividad novelesca de Memorias de Adriano se encuentren presentes en esta pieza dramática.*

**JERÓNIMO LÓPEZ MOZO**

**Y MARÍA DEL CARMEN SÁNCHEZ**

Sección Libros. Revista *El Público*. N 178. Mayo/Junio  
1990.

**Z E N O B I A**

*La reina Septimia Zenobia, que habitó durante el siglo III de nuestra era y que luchó contra el Imperio Romano no supuso, en cualquier caso, una excepción. Fue tentada, luchó por sus anhelos o principios y luego todo lo perdió. Zenobia quedó, teóricamente, vencida por la justicia poética de la Historia y, aunque fueron luego sus vencedores quienes nos transcribieron su “biografía”, su recuerdo permanece en la conciencia imperturbable de los tiempos y en los vestigios, cenizas, vacíos y calvarios de una de las urbes más extraordinarias de las civilizaciones antiguas: Palmira. Ciudad que, paradójicamente, aún sigue siendo renombrada no ya solo por la belleza de sus ruinas y por ser un popular enclave turístico, sino por estar también sempiternamente sometida –quizás como lo estuvo siempre– a otro tipo de fundamentalismos y barbaries.*

*A pesar de todo, la ausencia de Zenobia permanece todavía grabada en mi corazón con la misma intensidad que un pasaje de mi vida. Sus miserias me interesan aún tanto como las mías pues, de alguna u otra manera, todos somos inicio y conclusión de una providencia que, a veces, es intuida e, incluso, deseada y, de la cual, acabamos siendo víctimas. Y así, la nada, engrandecida, hermoseada, vuelve siempre a ser simple y llanamente lo que es: nada. Por ello, al escribir **Zenobia**, preferí conscientemente profundizar en mi propia predestinación para hallar una intuición; el camino desde una mujer que habitó muchos siglos antes que yo, y describir, con su voz (o, al menos, intentarlo), el largo proceso hacia la intolerancia de los hombres. Hacia los hombres del ayer y del presente atroz del que, desgraciadamente, nos toca ser espectadores: De hecho, mientras reescribo este preludio, otras tropas sitian el yacimiento arqueológico de Palmira y unos críos, uniformados como militares, fusilan disparando en la cabeza a decenas de personas en las ruinas de su teatro romano, mientras que un público*

*eufórico les vitorea desde las gradas como si fueran héroes o cadáveres del mañana. La realidad es el más terrible de los dramas y los muertos sobre las arenas de Palmira amortajan mis palabras. Todo cambia demasiado deprisa y las vidas se evaporan antes que las propias lágrimas. El mundo asiste, atónito, a ejecuciones masivas televisadas en el mismo escenario desde donde hace milenios nos encogían el corazón los versos de Eurípides o de Esquilo. ¿Cómo encajar que todos sigamos formando parte de una misma especie? La Historia nos sobrepasa, nos espanta, nos adelanta y vuelve a trazar una parábola imposible de ser comprendida o controlada. Mi mundo, mi formación, mi cultura, mi acervo, mi genoma y mi civilización entera siguen derramando una sangre que no me es ajena. A mi humilde manera, necesito vindicarla con las únicas armas que me quedan: el amor, el lenguaje y la memoria. Mi incursión, por lo tanto, es mucho más pacífica, semejante a la de aquellos antiguos viajeros que nunca estuvieron presentes en el lugar de los hechos pero los recrearon en sus mentes gracias a los libros, los museos, los grabados y las narraciones de quienes sí fueron testigos de los acontecimientos. Desde mi exilio, para escribir esta obra, imaginé la acción y dispuse las palabras. Lo demás, es pura ucronía aderezada de leyenda. El margen de error es tan amplio o mínimo como podría serlo la reconstrucción de la vida de un amante, de una madre o de una hermana. He ido más allá de las verdades muertas, de las fuentes, para resucitar la “Zenobia” que se está gestando en mí, que sobrevive en mi verbo. Las difuminadas y triviales realidades de hace diecisiete siglos se me escapan con la misma fragilidad y fantasía que mi propia infancia, plagada de vacíos que nunca recordaré y que ya nadie podrá reconstruir por mí.*

*En este texto, redactado a la manera de los dramones antiguos, no he pretendido ensalzar ni justificar las acciones de la*

*Tinieblas. Emesa, Homs actual, Siria. Año 273. Proceso contra la reina ZENOBIA. Cuando se hace la luz, la reia aparece sentada y cabizbaja. Presenta señales de tortura y unas largas cadenas que, desde sus manos, se extienden cubriendo todo el suelo del escenario con un mar de esclavitud. Al fondo parece distinguirse un muro, aunque más bien podría ser la inmensidad. Desde las alturas, un hermoso ÁNGEL observa la brevedad de la existencia mientras tensa el otro extremo de las cadenas. Entran de la nada DOS SOLDADOS romanos que se sitúan detrás de Zenobia. Instantes después lo hace el PREFECTO Marcelino que rodea y observa a la cautiva en silencio. Lejos se oye la repetitiva estrofa de una mujer que canta versos de amor, hasta que su voz es ahogada por el temblor de unos tambores de guerra. Se retiran lentamente las tinieblas y comienza la creación...*

## **ZENOBIA**

*(Susurra varias veces en su lengua).* Recuerdo, ya solamente, una luz muy hermosa que me ofrecía Astarté, todos los días, en el perfil del universo...

## **PREFECTO**

*(La acecha).* Astarté. Luz. Universo. ¿No te duelen las manos de poseer tanto? ¿Acaso quieres más? ¿Más cadenas, más sufrimiento, más dolor? ¡Acabemos con esto! Ya no tiene sentido. Ahí fuera, en las calles de Emesa, celebran tu derrota y nuestra victoria, ¿no los oyes? Hablan tu lengua. Son los mismos que ayer te adoraban como reina y que, hoy, ya te han olvidado. ¿A quién crees que defiendes?

## ZENOBIA

(*Perdida*). Recuerdo, ya solamente, una luz muy hermosa que me ofrecía Astarté, todos los días... (A una señal del Prefecto, el soldado la calla de un golpe).

## PREFECTO

Te conocemos. Roma sabe de tus engaños, de tus malas artes de hechicera y de las supersticiones de tu pueblo, pero se cansará antes tu cuerpo que la mano del verdugo, porque detrás de éste vendrá otro, y otro, y otro... (*Silencio*). Pero veo que ni quieres entenderlo ni estás dispuesta a facilitarnos las cosas. Sea. (A su señal, los soldados vuelven a golpearla. El Prefecto intenta calmarse). Por lo que a mí respecta podemos seguir así mil doscientos sesenta días más, si eso es lo que quieres. O también podemos parar este martirio que no conduce a nada. De ti depende. Te repito que solo quiero saber la intención del rey persa. Dime, ¿es cierto que está organizando un nuevo ejército para invadir Roma? Basta con que me describas su fuerza real, sus estrategias, vuestros acuerdos secretos y te aseguro que...

## ZENOBIA

(*Exhausta. Habla ya en la lengua del Prefecto*). Y yo te repito que solo recuerdo, solamente, una luz muy hermosa que me ofrecía Astarté, todos los días, en el perfil del universo...

## PREFECTO

¡Puedo hacer que te tragues toda esa soberbia en un instante, maldita sea! ¡Habla!

## ZENOBIA

(*Extrañamente lúcida*). Estoy hablando, pero no me escuchas. ¿En qué lengua debo decirlo? Únicamente me ocupé la gloria de Palmira. De su desgracia sabéis vosotros más que yo.

## **PREFECTO**

(*Ríe*). Claro... ¿En serio esperas que piense que tras tus sueños de grandeza no existía una coalición sirio-persa para invadir Roma? ¿De veras tengo que creérmelo?

## **ZENOBIA**

(*Sonríe*). Deliras, Prefecto. Pierdes el tiempo.

## **PREFECTO**

Afortunadamente, nada de lo que urdiste tuvo lugar. ¿No lo ves? Tétrico ha sido derrotado en la Galia, Palmira pronto será un recuerdo erosionado en el desierto, y Roma vuelve a ser Roma: ¡La eternidad, Zenobia! Eso es la Eternidad. Y aún más... Acuérdate de lo que digo. Quizás vivas para ver cómo las legiones romanas conquistan Ctesifonte y clavan su estandarte en el trono de Sapor. (*Zenobia, nuevamente ausente, repite la frase del principio*). Eres absurda, ¿lo sabes?... Acaban de comunicarme que el Legado del emperador ya ha desembarcado en Antioquía, pero hasta que sepas tu condena definitiva, te aseguro que pienso hacerte tanto daño que jamás volverás a reconocer tu rostro. ¡Ni tus hijos tampoco!

## **ZENOBIA**

¿Absurda?... Sí, yo soy la reina de los absurdos, es verdad... Quemadme por ello, pero no toques a mis hijos. Te lo advierto...

## **PREFECTO**

¡No me amenaces! ¡No puedes! (*Ríe*). ¿Qué harás para impedirlo? ¿Maldecirme? ¡Ah, qué poca lumbre queda ya en tus ojos! Busca... sigue buscando esa luz que dices de Astarté, en el perfil del universo... ¡Vamos! ¡Búscala! A ver qué es lo que encuentras...

*(El Prefecto, entre risas, bebe y le aproxima luego el cántaro con agua a la prisionera, pero derrama el contenido ante ella con malicia. Acto seguido hace una señal a los soldados y éstos vuelven a golpearla. El ÁNGEL, desde su suprema morada, tensa las cadenas. Posee la altivez y la belleza de un Grifo mesopotámico).*

### **ÁNGEL**

Creo que ya hemos escuchado todo lo que sabíamos y no lo que queríamos oír. Reina Zenobia, ¿tienes algo más que decir en tu defensa? *(Zenobia mira a su alrededor y calla, impotente. El Ángel resplandece)*. Desde este glorioso día y concluyendo la misión para la que fui creado, te nombro y afirmo como rehén de Roma. Tus bienes y esclavos pertenecen ya al Imperio. Tu séquito y tus ejércitos serán juzgados por la autoridad de los hombres, y ajusticiados como ordena la tradición.

### **ZENOBIA**

*(Grita)*. ¿Por qué?

### **ÁNGEL**

Por traición.

### **ZENOBIA**

¿Por traición a quién? Vosotros sois los responsables de la miseria y la ruina de mi gente, de mi sueño... Me lo habéis quitado todo... Matasteis a mi esposo y a mi hijo. ¿A qué esperas, Ángel, para matarme a mí también? Si has de cortar una cabeza para calmar tu sed de castigo, sesga ya la mía. ¡Vamos! Pero deja a mi pueblo en paz.

### **ÁNGEL**

No grites. Tuviste la oportunidad de defenderte y la despreciaste, así que recibe entonces la humillación que mereces. Vivirás como ejemplo permanente del destino

que aguarda a todo aquél que levanta sus brazos contra el Imperio. El Emperador, el Senado y el Pueblo de Roma así lo mandan. Este es el deseo de Dios y la omnipotencia de su poder.

*(Breve silencio. El Ángel se apaga y desaparece, también los soldados. El Prefecto aún la observa unos instantes).*

**ZENOBIA**

*(Asustada).* ¡Espera! ¡Ten compasión de mí, Tánatos del mundo helado! ¡Prefecto, tu daga, te lo ruego! No me dejes vivir más...

**PREFECTO**

*(La admira un momento, luego sonrío).* ¡Hete ahí a la que se proclamó emperatriz invencible de Oriente! ¿No decían de ti que eras la más sabia entre los sabios? ¿Por qué no haces un truco de magia y te salvas a ti misma?

**ZENOBIA**

No me insultes más y dame una muerte digna...

**PREFECTO**

¡Mírame! ¡Vamos, mírame! ¿Ves ternura en mi cara? Muchos de mis amigos fueron torturados en tus prisiones de Palmira. Roma también es madre para sus hijos, así que no me hables de morir con dignidad...

**ZENOBIA**

*(Volviéndose a las tinieblas).* Todo bien para mí se ha perdido; mal, sé tú mi bien.

**PREFECTO**

Reconsidera tu vida, tus errores y goza al fin de esa soledad que tanto aprecias. Nos veremos de nuevo en Roma, en los reflejos del Tíber, en el desfile triunfal que ha de exhibirte por las calles ante el pueblo. Y luego, por mis dioses,

espero que desaparezcas para siempre de mi mente y no vuelva a verte nunca más.

*(El Prefecto se marcha. Zenobia le sigue con la mirada, anhelante, vacía. Expulsada del paraíso, se arrodilla, tremendamente sola).*

## ZENOBIA

*(Casi arrogante).* Yo, Septimia Zenobia, reina indiscutible de Palmira, emperatriz de toda la Siria, Mesopotamia y Egipto. Esposa del que fue el mejor guerrero de la Historia, mi fiel Odenato, y madre de sus hijos, muertos o no... Recuerdo, ya solamente, una luz muy hermosa que me ofrecía Astarté, todos los días, en el perfil del Universo...

Nací en un barrio humilde, donde no se conocían las fragancias del Líbano. Yo misma hice construir, sobre aquel yermo solar, la Academia y la Biblioteca de mi reino. Renuncié a la comprensión de los ancianos de mi casa y sembré en sus huertos la cultura y la filosofía. He adorado a mis manes y les he levantado dignos templos y santuarios. Formé a mis ejércitos, multipliqué el pan y arrinconé la enfermedad hasta que no quedó ni una sola aldea en mis dominios en la que no corriera el agua fresca. Y ahora... Ahora ésa es mi sentencia de muerte... ¡Pero no la de mis hijos! *(Trata de sobreponerse)* De nada me avergüenzo. Todo lo que tengo me lo debo a mí misma. Absolutamente todo lo que he logrado, me lo merezco, pero no esta injusta penitencia. ¡Qué más da el método, si al fin se llega? Sé cómo manejar un estado y está grabada en mi corazón la ley de la vida. Ayer fui amiga y hoy soy esclava. ¡Qué gran farsa! Para quien nunca poseyó nada, perderlo todo es sólo agua que refresca la boca y después se tira. ¡Mirad mi ocaso, hermanos de las profundidades! Pero seguiré en pie. Zenobia permanecerá inalterable al tránsito de los hombres y de las eras. Quitád-

melo todo y dejadme libre. Antes de que muriera el sol de esa jornada, Zenobia volvería a ser grande y poderosa, hermosa y altiva. ¡Ay, Tiempo! Si pudiera revivir aquellos días, alteraría, sin vacilar, el orden seguido por mi vida. Untaría mi cuerpo con aceites y polvos del desierto. Me entregaría a los hombres morenos que traen en los ojos el color del río sagrado de la India y las manos heridas del trayecto de las caravanas. Sí, eso haría. Con la agilidad de una niña, hundiría a cada uno de esos hombres bajo mis piernas y, como Lilit, me convertiría en un extremo más del mismo cuerpo, recibiendo en mis entrañas jugos de mundos lejanos, leyendas de sombras y de gentes que han existido desde siempre en mi imaginación. De ninguna manera volvería a pertenecer a un sólo hombre, ni a un sólo Dios, ni a un sólo reino. Sería una mujer libre, deseosa únicamente del placer y el gozo de vivir. No necesitaría más que los ojos bien abiertos y el mundo y las estrellas abrigándome entera. ¡Sí! Nunca más un ideal, nunca más la tristeza, ni la guerra, ni la codicia. Sólo conmigo el genio divino de la maleza, el murmullo de la brisa, y la arena mojada como lecho de muerte, para no perder nunca la perspectiva de todo lo que me pertenece y me rodea...

*(Susurra el viento de los océanos. Resplandece LUZBEL, que llega con la brisa. Se conmueven todos los órdenes ante el ave más bella de la Creación).*

**LUZBEL**

¡Pobre Zenobia, antaño hermosa y hoy, abandonada y marchita!

**ZENOBIA**

¡Luzbel! A veces tus besos son crueles, hermano del Tártaro. Ten compasión, Dios de los cielos, y perdona mi indolencia y mi desesperación.

NOTAS  
A  
ZENOBIA

*Sobre la posible irrealidad de los personajes y su función en esta obra he procurado que no me limitaran los hechos o las leyendas que de ellos nos ha legado la Historia. Soy consciente del riesgo. Resucitar a los muertos en su absoluta integridad es labor exclusiva de los dioses. Ante el espejismo, los hombres sólo podemos fantasear con una -más o menos- coherencia libre.*

\*

*La bibliografía sobre Zenobia es casi siempre novelesca y, con frecuencia, bastante limitada. Sin lugar a dudas, para entender el último sentido de este texto habría que situarse dentro de su propia complejidad literaria. La mujer, el personaje que partió de la nada y lo obtuvo casi todo, conocía la amargura de la eventualidad y, probablemente, también su destino. A partir de ahí deriva la incertidumbre y la amplitud de interpretaciones. Algunos escritos de Petrarca y de diversos poetas de los siglos XVII y XVIII, sobre todo de Calderón, nos presentan a una heroína moralmente intachable, víctima estereotipada de la injusticia y la contrariedad. Los “Scriptores” Trebelio Polión y Flavio Vopisco Siracusano de la “Historia Augusta”, no alcanzan más que en ver a la reina siria como una peculiar y vigorosa usurpadora y, salvo varios detalles o curiosidades más, la luz que nos arrojan es lamentablemente insuficiente, incompleta. Aún podemos considerarnos afortunados de conocer un poco más a la esposa a través de la vida de Odenato, y a la digna adversaria de Roma, entre las líneas biográficas de los Galienos, de Claudio el Gótico y del emperador Aureliano principalmente.*

**AL MUTAMID**  
**(SUEÑO EN UN ACTO)**

Últimos años del siglo XI. Agmat, Marruecos. Música arábiga, triste. Una lumbre ilumina al anciano rey Al Mutamid: solo, exiliado hasta de sí mismo. De sus tobillos penden unas cadenas que cubren el suelo de lo que podría ser una humilde casa. Todo está inmóvil. Redoblan, monótonos, dolorosamente lentos, unos tambores apagados de guerra. Mutamid abre los ojos y comienza a soñar.

## MUTAMID

*(Acariciando sus cadenas).* Cadena mía... ¿Por qué te ciñes tanto a mi? Ya te has bebido mi sangre, has comido mi carne y has roto mis huesos. Cadenas sombrías, que os deslizáis como serpientes, apretándome como leones fuertes y crueles... Tened respeto que es a Mutamid al que cubrís.

*(Se oyen pasos. Las cadenas empiezan a deslizarse, abandonando lentamente al cautivo).*

¿Dónde vais?... ¡Volved! ¡Volved, cadenas mías! ¡Cuervos de Agmat! ¡Respeto para el que con dádivas y espadas mandaba a los hombres al Paraíso o al Infierno!...

*(Las cadenas desaparecen. Una hija de Mutamid entra, cargada de sacos, sucia y sudorosa. Mutamid se sobrecoge, apartándose).*

## UNA HIJA

*(Cansada, soltando los bultos).* ¿Con quién hablas, padre?

## MUTAMID

*(Cerrando los ojos).* Soñaba con mis cadenas.

## UNA HIJA

*(Comprensiva).* ¿Y no has probado la comida? Pues las melancolías no te trocarán el dolor del alma por el del

vientre... *(Se acerca a él, lo besa respetuosamente y le sonrío, mostrándole una pulsera)*. ¡Mira esta cadena que sí es real! ¿Te gusta?

**MUTAMID**

*(Observa la baratija, luego a su hija)*. Has crecido; y tu amo te hace ahora esclava de su amor, ¿no? *(La joven se ruboriza)*. Anda, tráeme un poco de agua.

**UNA HIJA**

*(Obedeciendo)*. Si lo ves prudente, podría hablar con el Hakim de Agmat. Sé que una vez casada atenderá mis súplicas y...

**MUTAMID**

*(Escupiendo el agua)*. ¡Ni el agua de Agmat es buena! Ninguna agua será nunca tan benéfica como la que nos regalaba el Guadalquivir...

**UNA HIJA**

*(Dolida, pero sin perder la compostura)*. Pero, padre, yo le amo y él...

**MUTAMID**

Tú eres hija de un rey.

**UNA HIJA**

Sí, del más grande. Pero ahora soy sierva. ¿Acaso olvidas que también soy hija de la esclava Rumaykiyya?

**MUTAMID**

*(Mirando triste a su hija)*. Ya sólo tengo nostalgias. *(Le pide otra vez agua. Esta vez se la bebe sin rechistar)*. ¿Dónde está tu madre?

**UNA HIJA**

Fuera. Lavando.

## MUTAMID

(*Llora*). ¡Qué cruel es la vida! Parece que fue ayer cuando la vi por primera vez lavando en la orilla del río, con su gracia... ¡Triste destino el suyo que, tras hacerla reina, la ha devuelto al mismo oficio!

(*Entra Itimad, vestida con harapos, desvelándose y cargada de ropas*).

## ITIMAD

(*Dulce*). ¿Y qué? Mis manos estaban acostumbradas a frotar las ropas ajenas y recuerdan perfectamente esas labores. ¡Mejor piensa en la suerte que con eso adelantamos! ¿Y qué es eso? ¿No has comido aún?

## MUTAMID

No me riñas y déjame que bese tus manos.

## ITIMAD

La sangre de los Abbadíes corre con demasiado orgullo por tus venas. Los tiempos en que las lavanderas pasaban de la orilla del río al trono se acabaron, Mutamid...

## MUTAMID

Ahora los reyes pasan del trono a la muerte o al destierro.

## ITIMAD

(*Sonriente*). Sí, pero incluso en el destierro un rey debe alimentarse. (*Le acerca un cuenco con comida*). Yo te sigo sirviendo igual, ¿ves?

## MUTAMID

El Dios que nos trajo aquí, a humillarnos, a quitarnos las glorias de antaño, es el mismo que me premió con el más grande don de todos: tú, mi reina Itimad. (*Se abrazan. Mutamid acepta comer algo*).

## ITIMAD

Sal fuera y cuida de tus hermanos, hija. Pero cúbrete el rostro, que acechan los amigos de los faquíes y ya no estamos en Al Andalus... (*La joven obedece*). Escúchame, esposo: Tu hija necesita tu aprobación para casarse y no puedes evitarla más. Es bueno para ella. La salvará de toda esta desgracia y quizás pueda interceder ante el gobernador por nosotros...

## MUTAMID

(*Dejando de comer*). No, ya no estamos en Al Andalus. ¿No ves a tus hijas, andrajosas y hambrientas, hilando para otros? Acuden a saludarte, cabizbajas, macilentas, consumidas. Pisan descalzas el cruel barro, como si no hubieran pisado almizcle o alcanfor...

## ITIMAD

Confórmate, Mutamid.

## MUTAMID

Lloraré lo que me queda de vida.

## ITIMAD

(*Dándole de comer ella misma*). ¡Basta de lamentos! ¡Con la dieta poética no se come! Y ya es hora que descanse este derrame de lágrimas.

## MUTAMID

Ya es hora de que llanto y mejillas mueran, sí. No puedo sobrevivir a esta prisión de Agmat. Cada vez que abro los ojos veo cadenas y, cada vez que los cierro, también. No puedo ni respirar cuando te miro, cuando os veo, a ti y a los pocos hijos que nos quedan, convertidos en esclavos como si todo hubiese sido nada más que un sueño...

## ITIMAD

¿Acaso se puede arrebatarse la nobleza? Si el dolor es grande, consuela tu alma por lo pasado y vivamos este presidio con la altivez con que vivimos la gloria y la derrota.

## MUTAMID

¿Para qué quiero vivir? ¿Para ver a mis hijas trabajando de criadas?

## ITIMAD

*(Dolida, le provoca)* Pues entonces me verás morir a mí también.

## MUTAMID

¡No hables así! *(Coge el plato y comienza a comer con ahínco)*.

*La hija entra, aún cubierta con el velo. Le acompaña un hombre oculto bajo una larga capa.*

## UNA HIJA

Padre... ¡Un hombre ha venido a visitaros!

*Al Mutamid e Itimad, casi asustados, se incorporan, humildes.*

## MUTAMID

Entra, peregrino. Que aquí, aunque pobres, cumplimos con las leyes musulmanas de la hospitalidad. ¿Es que te has perdido?

## EL EXTRANJERO

He hallado, creo, al que buscaba. ¿Eres tú, Al Mutamid, poeta y rey de Sevilla?

## MUTAMID

Lo era. Ser rey no dura para nadie, pero la muerte es duradera para todos. ¿Quién me busca? Ya no me queda nada. *(Itimad y su hija se abrazan al padre)*.

## **EL EXTRANJERO**

No temáis, porque si antes os serví como fiel visir, ahora vengo como el amigo que más os ha llorado.

*El extranjero se descubre y se arrodilla ante el rey. Mutamid le obliga a incorporarse y le abraza, entre lágrimas. Todos lloran emocionados.*

## **MUTAMID**

¡Ben Al Labbana! ¿Es posible?

## **LABBANA**

¡Mi señor! ¡Mi reina! ¡Qué largo y doloroso ha sido llegar hasta aquí!

## **MUTAMID**

Aún debe amarnos Dios por traerte hasta nosotros. ¡Qué alegría! Pero... ¡Entra!... ¡Entra en esta casa! Verás que ya no tengo morada, más que el cielo estrellado y el barro que nos acuna... ¡Amigo!

## **LABBANA**

He sufrido tanto sin veros...

## **ITIMAD**

Somos proscritos, y vivimos en la miseria, noble Labbana. Sólo agua tenemos para darte. Agua y lágrimas...

*Se marcha a por más agua. Los hombres se sientan uno frente al otro.*

## **MUTAMID**

Tampoco tengo criados educados ni de confianza con quien despachar mis asuntos. Discúlpame por mi pobreza, pero ¿no es natural que la Luna llena se eclipse?

## **LABBANA**

Aún habláis como el poeta que también tuvo que ser rey.

**THEATRVM FUGIT**

**(PÓSTUMO EN TERCERA PERSONA)**

## PROEMIO: LA SELVA OSCURA

*Comienza esta peripecia dramática -escrita para no ser jamás representada- con NARCISO, en adelante “El Autor”, aparentemente vivo y desvanecido sobre la orilla de una tenebrosa playa tras haber malvivido a estrepitosos naufragios y desprecios que, sin duda, merecía tanto como sus escasísimos aciertos. En lontananza, vemos en el Cielo los meteoros que se precipitan desde las alturas y también un triduo de lunas desorbitadas: una dibujada por el dramaturgo enfermo de sí mismo, otra ostentosamente “lorquiana” y, la tercera, diseñada por Méliès en los inicios del cinematógrafo, todavía immaculada de cohetes y de homínidas pisadas. Los colores de la escena deberían herir la sensibilidad del lector o de las almas en pena que sufran esta secular impostura que pretende ser un escarmiento, una revelación, un descenso a los infiernos, una parodia sicalíptica y una burla hiriente del escriba casi muerto a su reflejo y a su Tiempo. El Autor, en adelante “Narciso”, despierta de la cruda realidad, vomita sobre la arena la vanidad que se le atragantaba y se horroriza al descubrir irisado su mórbido desnudo. No hubo milagro ni floral metamorfosis. No se reencontró al sobrevivir con la amada imagen que esperaba.*

### **NARCISO**

¿Qué estoy haciendo aquí? Lo último que recuerdo es estar ahogándome entre las páginas de un libro. Los márgenes eran espejos afilados y mi caligrafía un alambre de espinos por el que mi corazón se resbalaba. ¿Será posible que esté muerto o a la par estaré vivo? (Feliz) ¿Habré alcanzado finalmente la palma del martirio? ¿Y qué es lo que se aproxima? ¿Un coro de ángeles?

*Súbitamente se descorren las cortinas de los palcos de la bóveda celeste, diseñada para este gran micro teatro del Mundo personalmente por El Bosco. Por ellos se asoman todo tipo de fantásticas criaturas. Un serpenteante sendero desciende de la colina y se ilumina como una pista de aterrizaje. Música. Precedido por una orquesta de negros del Harlem de los años veinte interpretando salmos y aleluyas, aparece con sus alas y su batuta el maestro FEDERICO. El errante toma tierra y se mofa del Autor. Unos marineritos efébicos cubren de arco iris sus ridículas vergüenzas.*

**NARCISO**

¿Quién eres?

**FEDERICO**

Quien tú quieras. (*Inflando un enorme globo, mientras baila*) Ahora, con los delirios y avances de la Ciencia, puedo ser cualquier cosa. Llámame Federico. Federico a secas. Vamos, levántate y despégate de esa estela funeraria. Aún tienes una travesía pendiente y una deuda que saldar contigo mismo.

**NARCISO**

No tengo monedas con qué pagar al barquero. Ni reflejo.

**FEDERICO**

Pero tienes lágrimas que valen perlas. Y, donde vamos, lloran tanto las máscaras de los teatros que parecerás insul-tantemente rico. No temas. Será como viajar en sueños y a lomos de un caballo negro. ¡Sube!

*El autor se agarra a la cintura del querube, que se aferra a su vez al globo y ambos comienzan a elevarse. Se detienen bruscamente frenados por los cabos umbilicales que les anclan a la superficie.*

## **NARCISO**

¿Y ahora qué ocurre? ¿Quiénes son esas tres sombras que nos miran?

## **FEDERICO**

En realidad son tres en una: Madre, Hija y Espírita Santa. Nos harán de lastre durante el viaje. Fuiste histrión empeñado en ser un mártir, Narciso, pero tu lista de pecados es larga y onerosa. ¡Veremos si tu alma merece ser salvada!

*Federico saca una enorme navaja bandolera y corta los hilos de las Parcas. Por fin ambos emprenden vuelo y todo a sus pies desaparece, pero Cupido lanza una flecha contra el globo y este comienza a desinflarse. Tras girar cómicamente por el firmamento, los dos acaban estrellándose ante la puerta de un inmenso laberinto que desciende. En el frontón, un luminoso de neón nos deslumbra la famosa leyenda: “¡Oh, vosotros los que entráis, abandonad toda esperanza!”, que se enciende intermitentemente en latín y en las demás lenguas como si fuera un anuncio de menús para turistas. En la puerta, la gorgona Medusa les observa con sus tres espantosas caras incrustadas en el muro.*

**PARTE PRIMERA:**  
**EL INFIERNO**

**NARCISO**

¿Dónde estamos?

**FEDERICO**

¡En el Infierno!, ¿no lo ves? Justo donde nos ubicaste en tus siempre excesivas y retorcidas didascalias. Y yo en tú lugar no miraría a ninguna de esas caras. Pueden petrificarte con sus ojos de anfibio y aún tenemos que bajar nueve pisos por estas ardientes escaleras...

**NARCISO**

¡Medusa! ¡Te reconozco! ¡Me vestí de pirata en blanco y negro una noche de san Juan y te di un beso de amor para salvarte!

**MEDUSA**

*(A tres voces, naturalmente)* ¿A mí? ¡Farsante! ¡Me lo diste para salvar a un lobo que agonizaba dentro de mi corazón, en un inmenso reloj de arena! Por tu culpa perdí las cabezas, me quedé soltera y yo entera me volví todopedregosa...

**FEDERICO**

¡Anda! ¡Yo hice lo mismo con mi Doña Rosita! ¡Pero al menos la casé por poderes y la desfloré en los cristales del alba!

**NARCISO**

¿Y por qué vigilas tú esta puerta? ¿No debía estar aquí el fiero Cancerbero?

## **MEDUSA**

(*En un aprieto*) Eee... Sí, pero le petrifiqué por accidente mientras le achuchaba entre mis pechos y, como penitencia, ahora hago su trabajo y ejerzo yo de perra. También tú has venido para eso, ¿no? ¿O era viceversa? ¿Ogrutamard o dramaturgo? Espera que me coloco las lentes y te miro más de cerca...

## **FEDERICO**

¡Cave canem! Hemos venido para causas más innobles. (*Azuzando a Narciso*) ¡Entra, deprisa! ¡Abandona toda esperanza y cuidado no resbales! ¡Algunos peldaños están desafinados!

*Los hombres se adentran en el laberinto, seguidos por las miradas lacrimosas de la gorgona. La escena se invierte y nos desvela ahora una escalera que desciende en forma de espiral cónica, como si se tratara del interior de una caracola cabaretera. Los escalones, en efecto, son teclas de piano que se iluminan de vivos colores y emiten notas de solfeo al ser pisados. En los muros, multitud de lápidas y esquelas con los nombres de celebérrimos dramaturgos de la Historia. Música de fiesta. Se cruzan con bailarinas, actores, acróbatas y demás gente de la farándula, que corre divertida y con variopintas vestimentas.*

## **NARCISO**

(*Sorprendido*) Creí que el Infierno sería diferente. ¡Y muchas de estas caras me resultan conocidas! ¿Por qué no les seguimos?

## **FEDERICO**

¡Son personajes! Tienen que salir a escena y nuestro deber es manipular sus hilos desde bambalinas. Ellos son

la magia, nosotros el truco. Ellos son títeres, nosotros sus calaveras. Este viaje no culmina en nuestra catacumba. Para llegar al Teatro de verdad es preciso enterrarse bajo la arena. ¡No me canso de decirlo!

### **NARCISO**

*(Reticente)* Entonces no sé si quiero seguir cavando, porque yo reivindicué el teatro en blanco y negro, dibujé literaturas y, al final, ya ves, justo se puso de moda la pantomima. Además: cuanto más desciendo, más perfilo un rostro que no es el mío en los espejos. No entiendo este Parnaso. Si mi dedo escribió versos en las dunas y prediqué vapor por los desiertos, ¿por qué no puedo ser poeta?

### **FEDERICO**

Parodiamos al Todopoderoso y construimos ídolos a nuestra imagen y semejanza, por eso te son tan familiares. Pregúntales tú mismo. Les conoces. El autor es lengua de fuego y maravilla. Lo afirmaste en una de tus obras. Demuéstralo ahora.

### **NARCISO**

*(Observando a una mujer que se cruza con ellos, vestida de cuero, como una típica dominadora sadomasoquista. Se detiene.)* ¿Valeria? ¿Valeria Taylor?

### **VALERIA**

¡Baje la voz! ¿No ve que estoy de incógnito? *(Y, acto seguido, posa como una diva ante los flashes de los paparazzi. Luego se detiene y reconoce al Autor)* ¡Huy, pero si eres Narciso, mi Pigmalión! No te imaginaba tan obeso...

### **NARCISO**

¿Qué haces aquí? La última vez que te vi estabas en el Cielo substituyendo a la mismísima Virgen María...

## VALERIA

No, perdona: Me abandonaste casi oligofrénica en la presentación de mi tercer libro de memorias, ¿no recuerdas? (*Duda*) ¿O fue en la del cuarto? (*Le da un latigazo y vuelve a posar ante la prensa*) ¡Da igual! Ahora estoy aquí poniendo orden para escribir el epílogo y legar mis penúltimas voluntades a la crítica. ¡Prosigue! ¡Prosigue dándotelas de erudito! Aquí te infravaloran por tus sacrílegos sainetes y tus diálogos obscenos, no por tus soporíferos dramones. (*Libidinosa*) ¿Qué? ¿Te apetece que te rasgue yo misma las vestiduras?

## FEDERICO

¡Tiene lo mejor de tu mal genio! Los dramaturgos somos padres irresponsables, es verdad. (*Se cruzan con una cuadrilla de toreros que huyen del Minotauro. Valeria les persigue con el látigo y huye con ellos, como si fuera una escena de antigua película insonora*) ¡Vaya! ¡San Fermín con cabeza de toro y la mujer torera! ¿Ves lo que te digo? Esos archipámpanos deben de ser tuyos... Aunque por aquí seguro que andan también mi Bernarda Alba y mi Pepe el Romano. ¿No hueles el miedo? ¿Ni la sangre? Pues esos que ves allí son los que me dieron el tiro de gracia. Sé que parece injusto, pero al final todos somos de fango. Dios también vive en pecado y excavó aquí su propia fosa. Como creador deberías estar sobre aviso para el día en que tu obra y sus personajes se revuelvan en tu contra. Y de *El Público* mejor no te digo nada... A mí me aplauden los tataranietos de los que me dieron ayer con cachiporras... *Así que pasen cinco años o milenios...* ¡Acerquémonos a esa hoguera que ya hemos tocado fondo!

*Un grupo de monaguillos, soldados y leguleyos togados prenden fuego a una pira de libros, mientras también ellos posan para las luciérnagas paparazzi que les fotografían.*

*Los títulos de los volúmenes son evidentemente obra y gracia de Narciso.*

**NARCISO**

He de presumir entonces que aquí yacen no solo mis títeres malvados, sino también los tiranos, los fratricidas, los matarifes y los soberbios de la Historia, ¿no?

**FEDERICO**

Muertos, vivos y resucitados, ¡sí, señor! También los ángeles caídos. Observa cómo arde tu obra cumbre: “Caperucita aparece ahogada en una cesta”. ¡Qué nombre tan ridículo!

**NARCISO**

*(Intentando disentir)* No era “Caperucita”. La obra se llamaba...

**FEDERICO**

¡Ah, no! ¡Lo de “Comedia sin título” es mío! ¡Deja de plagiarme! Aquí seremos recordados por nuestros pecados, no por nuestras lumbres. Por este escenario han desfilado muchas comparsas despistadas: ¡Incluso los santos inocentes! ¡Mira! ¡Ahí está Luzbel haciendo malabares con el alma de Judas! Él fue uno de tus protagonistas junto a la mismísima Zenobia, reina de Palmira, ¿no? Tortúrale para que hable.

*Se acercan a Lucifer, que viste como un rey andalusí encadenado en el exilio. El ángel se asusta al verles y deja caer la marioneta de Judas como si fuera un diábolito, ahorcándola con el rabo sin remedio.*

**LUZBEL**

¡Noli me tangere!